SERMONES QUE ILUMINAN

Adviento 3 (B)
LCR: Isaías 61:1–4, 8-11; Salmo 126; 1 Tesalonicenses 5:16–24, San Juan 1:6–8, 19–28

Este tercer domingo de Adviento llega con una curiosa mezcla de alegría y cansancio. Ya casi es Navidad. Hay luces, villancicos y listas de cosas pendientes que parecen no acabar. Todavía hay regalos por comprar, cenas por organizar, turnos de trabajo que cubrir y mensajes familiares que responder. Algunas personas todavía están tratando de decidir qué regalarle a quien insiste en que no necesita nada. Tal vez lo más difícil de conseguir en diciembre no sea un regalo, sino diez minutos de silencio.

La cercanía de la Navidad, y la Navidad en sí misma, trae rostros que se extrañan: una madre a quien solo se podrá ver por pantalla, hijos que viven lejos, costumbres que se intentan conservar aunque otros no estén. Y, en medio de tantos preparativos, el Evangelio plantea una pregunta incómoda: ¿qué ocurre si la celebración está lista, pero el corazón no reconoce a quien viene? Porque paradójicamente preparar la Navidad no siempre significa estar preparados para recibir a Cristo.

El Evangelio de Juan presenta una escena que tiene algo de interrogatorio. Unos sacerdotes y levitas llegan para preguntarle a Juan el Bautista quién es. La respuesta resulta desconcertante: «No soy el Mesías». Le preguntan si es Elías. Tampoco. Si es el profeta. Otra vez, no. Parece una entrevista en la que el candidato se dedica a explicar todos los puestos que no quiere ocupar. Sin embargo, Juan no está perdido. Tiene una claridad admirable. Sabe que no es la luz, sino alguien enviado a dar testimonio de la Luz. No necesita fingir una importancia que no le corresponde. Su grandeza consiste en señalar a otro; esa es su identidad.

Qué distinta sería la vida si hubiera menos necesidad de demostrar, controlar o aparentar. También la Iglesia puede olvidar esa lección cuando se preocupa tanto por sus actividades, imagen o costumbres y termina hablando más de sí misma que de Jesús. Las tradiciones son valiosas, pero no son el Salvador. Juan recuerda que la vocación de la Iglesia no consiste en ocupar el centro, sino en abrir un camino para que otros encuentren a Cristo.

Luego Juan pronuncia unas palabras que merecen escucharse despacio: «En medio de ustedes está uno a quien ustedes no conocen». No dice que Dios se haya olvidado de su pueblo. Dice algo más sorprendente: aquel a quien esperan ya está cerca, pero no saben reconocerlo. Quizás ese sea uno de los riesgos de Adviento. Es posible conocer la historia de Belén, colocar las figuras del nacimiento, cantar los villancicos de memoria y, aun así, no prestar atención al Cristo vivo. No necesariamente porque falte fe, sino porque las expectativas pueden hacerse demasiado estrechas.

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

A veces se espera que Dios llegue resolviendo todo de inmediato, confirmando las propias opiniones o evitando cualquier incomodidad. Pero Jesús no siempre aparece donde resulta más conveniente. Su presencia puede descubrirse en la necesidad de alguien a quien nadie escucha, en una conversación que pide reconciliación o en una verdad que cuesta aceptar. No toda sorpresa viene de Dios, por supuesto. Por eso hace falta discernimiento. Y la lectura de Isaías ofrece una pista extraordinaria para reconocer la obra de Cristo: mirar qué sucede con quienes están heridos, olvidados o privados de esperanza.

Isaías anuncia a alguien sobre quien descansa el Espíritu del Señor. Alguien ha sido ungido para llevar buenas noticias a los pobres, vendar los corazones quebrantados, anunciar libertad a los cautivos y consolar a quienes lloran. Más adelante habla de reconstruir ruinas antiguas, de justicia y de una vida nueva que brota como las plantas después de la lluvia. Estas palabras nacen en la historia de un pueblo que conoce la pérdida y las dificultades de volver a comenzar. No recibe una invitación a disimular sus heridas. Recibe la promesa de que Dios no lo abandona en ellas. Es significativo que Isaías no comience diciendo que los corazones rotos deben arreglarse solos. Anuncia a un Dios que se acerca para vendarlos.

Siglos después, Jesús leerá estas palabras en la sinagoga de Nazaret y las relacionará con su propia misión. Ahí aparece una respuesta a la pregunta de Juan: ¿cómo reconocer al que está en medio de la gente y todavía no es conocido? Por la dirección de su vida. Jesús se acerca a los rechazados, devuelve dignidad a quienes han sido humillados y anuncia una libertad que va más allá de la tranquilidad individual. Isaías también recuerda que Dios ama la justicia. No se trata únicamente de aliviar sentimientos mientras todo permanece igual. El consuelo de Dios tiene consecuencias: restaura relaciones, levanta a los caídos y cuestiona aquello que aplasta la vida. La buena noticia no promete una existencia sin dificultades, pero sí que ninguna herida tiene la última palabra delante de Dios.

Y aquí la Navidad se vuelve más desafiante de lo que parece. El niño del pesebre inspira ternura. Es natural querer contemplarlo rodeado de María, José, pastores y animales. Pero ese niño no se quedará para siempre acostado sobre el pesebre. Crecerá y se acercará a personas que otros preferían mantener lejos. Comerá con quienes tenían mala reputación, tocará a quienes eran considerados impuros y discutirá con autoridades religiosas cuando las normas se conviertan en un obstáculo para la misericordia. Llegará incluso a volcar las mesas de los cambistas en el templo. El mismo Jesús que despierta ternura en Belén incomodará a quienes confundan el poder con la voluntad de Dios.

Eso no significa que la dulzura de la Navidad sea falsa. Significa que es apenas el comienzo de una historia mucho más grande. El amor que nace en el pesebre no es débil ni decorativo. Es un amor que sana, perdona y también transforma. Tal vez por eso resulte más fácil hacerle un lugar a Jesús en una escena navideña que permitirle entrar en las decisiones, los prejuicios y las relaciones de todos los días. El verdadero Adviento invita a recibir no solo al niño que conmueve, sino también al Señor que llama a vivir de otra manera.

Esa invitación llega en un tiempo que no siempre se siente alegre. El tercer domingo de Adviento es conocido como el domingo de la alegría. Pero hay personas que llegarán a Navidad con una silla vacía en la

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

mesa. Otras estarán preocupadas por una cuenta que no pueden pagar, por un diagnóstico médico o por un hijo con quien apenas hablan. Habrá quienes sonrían durante una reunión y después regresen a una casa silenciosa. La alegría que anuncia la Iglesia no exige negar nada de eso. No es una orden de sonreír cuando el corazón está cansado. Es la confianza en que Dios puede hacerse presente precisamente allí donde falta la fuerza.

Quizá reconocer a Cristo este Adviento comience con algo sencillo: escuchar de verdad a una persona sola, acercarse a quien atraviesa un duelo, pedir perdón sin buscar excusas o tratar con dignidad a quien suele pasar inadvertido. No son gestos espectaculares. Son maneras de dejar espacio al amor que Isaías anuncia. Por eso, la pregunta de este domingo no es si todo estará perfecto para Navidad. La pregunta es si habrá ojos atentos para reconocer a Cristo cuando se acerque de manera inesperada. Juan no era la luz; sabía señalarla. Isaías anunció que esa luz alcanzaría los corazones heridos y haría brotar justicia y esperanza donde parecía haber solo ruinas.

Que esta Navidad no se reduzca a recordar que Jesús nació hace dos mil años. Que también despierte el deseo de reconocerlo hoy: en la vida que pide consuelo, en la dignidad que necesita ser defendida y en la esperanza que siempre vuelve a nacer. Porque Cristo sigue viniendo. Y su llegada continúa siendo una buena noticia.

El Rvdo. Andreis Diaz *es Vice Rector de Christ Church, Ponte Vedra Beach. Diócesis de la Florida.*

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.